

**Forster, Ricardo (1999). "Walter Benjamin y el judaísmo". El exilio de la palabra. Buenos Aires: Eudeba. pp. 67-144.**

**Forster, Ricardo (1999). "Walter Benjamin and Judaism". The exile of the word. Buenos Aires: Eudeba. pp. 67-144.**

**Forster, Ricardo (1999). "Walter Benjamin et le judaïsme". L'exil du mot. Buenos Aires: Eudeba. pp. 67-144.**

**Luis Antonio Merchán Parra**  
Universidad Santo Tomás  
luismerchan@usantotomas.edu.co

El texto pretende determinar varios de los elementos fundamentales que, ajuicio del autor, constituyen la relación del pensamiento judío con las ideas de Walter Benjamin. Se compone de siete partes: "Las huellas judías en el itinerario de Benjamin", "Ante la presencia de la barbarie", "La pregunta por el mesianismo judío (La huella de Max Weber)", "Lo judío, lo teológico y Kafka", "Martín Buber y las nuevas interpretaciones del judaísmo", "Las experiencias de una generación" y "Gershom Sholem y la génesis de los estudios cabalísticos".

La primera resalta la importancia que para Benjamin tiene el lenguaje a partir de su obra *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres* (1916), donde, para Forster, Benjamin plantea el origen de la lengua, la facultad nominativa que se le ha dado al hombre, la pérdida que ha sufrido el ser humano por su

condición terrenal y que remite a la presencia del mal. Esta última cuestión es la que llama la atención de este autor en este primer apartado.

Forster plantea que para Benjamin el origen del mal se da cuando el hombre instrumento elije al leguaje, utilizando la comunicación como mecanismo de sometimiento, lo que redujo al hombre a un objeto de representación. Ve que el mal para Benjamin surge cuando se presenta el deseo del conocimiento y del juicio en la primera caída.

Para Foster, la obra *Tesis de filosofía de la historia* es la muestra de esta presencia judía del pensamiento benjaminiano, ya que, a su juicio, Benjamin afirma el decaimiento de la cultura europea, lo que refleja la necesidad de la salvación de la historia a partir del poder mesiánico, pues lo que ha quedado en el presente no es más que un panorama de desolación, fracaso y catástrofe.

Con esta última idea, inicia la segunda parte del todo. Al establecer un paralelo entre Donoso Cortés y Walter Benjamin, ve a este último un poco más optimista que el primero, al plantear una esperanza en medio de la catástrofe, una redención entre el derrumbamiento que se estaba dando. En este punto el autor retoma nuevamente el problema del mal como la causa de la situación que se estaba presentando en el periodo histórico en que este pensador vivió y que tuvo su cumbre con los episodios de Auschwitz e Hiroshima. Forster plantea que para Benjamin esta situación surge por la idea de Schelling de que en la libertad reside el origen del mal, pues remite a la dualidad entre “la oportunidad y la catástrofe”, entre la “esperanza redencional” y la “oscuridad aniquiladora” (p. 84).

Frente a esta pretensión de Benjamin por criticar la situación modernista, Forster plantea el hilo conductor de la tercera parte: el mesianismo. El autor sostiene que se da un regreso de Benjamin al judaísmo en busca de una esperanza frente a la situación de sinsentido del momento, al no encontrar una salida en el ideal marxista. Este mesianismo lo concibe Forster como una ruptura del tiempo histórico. En este punto llama la atención la aclaración que el autor hace respecto al fracaso, ya que lo piensa en dos sentidos: uno, como la oposición al “Triunfalismo burgués socialista” (p. 89), que permite la recuperación de la memoria de los derrotados, y otro, en que este fracaso representa la esfera de lo extraordinario. Aquí ve que este mesianismo se expresa en las circunstancias históricas; sostiene que es una crítica a la “ilusión socialdemocrática”, al “historicismo decimonónico”, al “parlamentarismo burgués” y a la “concepción social demócrata” (pp. 90-91).

Este mesianismo para el autor tiene su antecedente en la postura revolucionaria y casi que anarquista de Max Weber, que parte de una secularización de este concepto al pretender que se enfocara en el aspecto político, no sin desconocer los riesgos que esta idea implicaba, pues terminaba distanciando la teología de la política. En Benjamin, a juicio del autor, está también presente el ideal de que la revolución permita esa ruptura de la historia que marque la apertura del tiempo

mesianico, pero a diferencia de Weber que veía en todo esto un mecanismo político para la negociación de intereses, aquel asume que todos estos sistemas políticos son expresión del mal, que ha relegado de la historia a los olvidados. De esta idea se desprende la necesidad de ruptura de estas situaciones.

En la cuarta parte, el autor propone la manera como la figura de Kafka influyó sobre Benjamin en el concepto de una teología negativa, donde la presencia de Dios había sido desplazada por los procesos sociales establecidos. Esta teología se caracteriza porque plantea una imposibilidad en la realización y porque lleva la Revelación a la Nada, lo que refuerza la idea de catástrofe y destrucción.

Este apartado resalta la manera como, permanentemente, compartían conceptos sobre el judaísmo Benjamin y Scholem a partir del ensayo sobre Kafka, donde Benjamin expresaba sus ideas en torno al pensamiento judío.

A partir de esta continua comunicación entre estos dos grandes amigos, Forster introduce la quinta parte. Afirma que ambos coincidieron en no asumir la postura reaccionaria de aquellos que iban contra el pensamiento ilustrado y que se caracterizaban por defender la irracionalidad. Fue esta actitud la que Martín Buber asumió en sus estudios jasídicos, rescatando el papel de la vivencia. Forster ve, en cambio, que Scholem buscó recuperar el papel de la cábala en la tradición judía a partir de un esmerado y riguroso estudio.

Con respecto al mesianismo, Forster afirma que Buber se comprendía a sí mismo como alguien renovador de su sentido al plantear el papel activo del hombre en la redención, que no tiene que esperarla, sino que debe generar los acontecimientos necesarios para que suceda. A juicio de este autor, Buber comparte con Benjamin las ideas de ruptura mesiánica y de la dialéctica catástrofe-esperanza, aunque se desliza de la actitud con que se asume por parte de los hombres.

Asimismo, sugiere Forster que con el paso del tiempo el sentido mesiánico fue perdiendo su fuerza dentro del judaísmo, lo que impulsó su secularización y su vinculación con las rebeliones populares. Ambos, Buber y Scholem, aunque de diferente manera, deciden recuperar estas tradiciones desde la historia. El primero lo hace con un fin político, en tanto que Scholem y Benjamin buscan una alternativa frente a la situación social del momento. Nuevamente el autor retoma la idea del mesianismo benjaminiano para afirmar que este último defiende el concepto de que toda tradición debe permitir la renovación de sí misma.

En la sexta parte, el autor plantea la manera como en la Europa oriental el ideal revolucionario de la época impulsó a asumir en los jóvenes judíos asimilados la idea del mesianismo como parte del discurso político que buscaba la utopía de la transformación social. La situación fue muy distinta en la Europa central, ya que allí, en un primer momento, no se respiraba un ambiente de discriminación hacia los judíos, pues estos habían pasado a formar parte de la burguesía, para quienes les parecía ajenos esos otros judíos del oriente. Esto conllevó a una crisis en la identidad de los jóvenes del sector central y, en consecuencia, una reacción

de búsqueda de sus raíces y sentido de sus tradiciones, una postura crítica frente al capitalismo y la guerra y una pretensión de pensar y construir la sociedad de una manera diferente a la que observaban. Esto permitió la posibilidad del resurgimiento de la “experiencia místico-religiosa”.

En la parte final, Forster caracteriza la importancia que para el judaísmo representó la figura de Gershom Scholem, ya que este intentó recuperar, hasta su origen, el sentido de las tradiciones judías, determinando el movimiento cabalístico como ese elemento que rescata la espiritualidad. Por esto, el autor realiza una breve exposición de la manera como Scholem realiza su estudio, planteando sus características originales y su desarrollo histórico. Vale la pena resaltar de esto el papel revolucionario de los cabalistas, quienes crearon un clima de renovación sin dejar de lado la tradición, con lo cual se identificó plenamente Benjamin. Por último, otro elemento que, a juicio de Forster, recoge este pensador para la elaboración de sus ideas, lo constituye la deconstrucción de las bases de la sociedad contemporánea burguesa.